

DOCUMENTOS

Azuela y la Veracidad Histórica ¹

Muchos críticos han puesto en duda la veracidad de Mariano Azuela como cronista de la Revolución Mexicana. Para desmentir ese aserto, damos a conocer aquí, por primera vez, una serie de cartas extraídas del *Epistolario y archivo de Mariano Azuela*, que tenemos ya listo para su publicación. La personalidad de un escritor suele transparentarse con mayor claridad en la comunicación epistolar, más directa, personal e íntima que la creación literaria misma. Es éste también el caso del novelista mexicano que a través de sus cartas nos transmite su humanidad cálida y honda.

Iniciamos este testimonio con una carta juvenil de Azuela, escrita en 1898 a su tío José María.² "Prefiero la verdad a todo" —dice en ella el novelista. Y esta afirmación se repite y robustece a lo largo de todas sus cartas posteriores. En las que el autor dirige a Alejandro Quijano, entonces director del diario *Novedades* y de la Academia Mexicana de la Lengua; al crítico literario mexicano José María González de Mendoza y a Manuel Pedro González, amigo de Azuela y prestigioso crítico de su obra, nos da el autor muy valiosas noticias sobre lo que en una de ellas llama "el alcance de mis procedimientos de novelista". Para mayor cla-

¹ Todos los documentos de esta nota pertenecen al archivo particular de Mariano Azuela y han sido prestados a la autora por el licenciado Enrique Azuela.

² Se trata del tío y padrino, quien a la muerte de don Evaristo, padre del novelista, en 1891, ayudó económicamente a su ahijado para que continuara sus estudios de medicina en Guadalajara. Según lo manifestado por Carmen Rivera, viuda de Azuela, a la autora, esa deuda fue pagada por Azuela mismo con un terreno perteneciente a parte de su herencia.

ridad, anteponeamos a las cartas de Azuela las de los corresponsales que merecen su respuesta.

Del conjunto de cartas que hemos podido recoger en el *Epistolario*, se destacan las del escritor a Manuel Pedro González. Su amistad con este profesor de la Universidad de California en Los Angeles duró veinte años, desde 1932 a 1952. Durante esos cuatro lustros, González hizo varios viajes a México, y en el verano de 1938 conoció personalmente a Azuela.

Las manifestaciones de Azuela en sus cartas sobre su veracidad en el tratamiento del fondo histórico de sus novelas, deben ser completadas con otras expresadas en sus *Memorias*: "La verdad —nos dice en ellas— es que estábamos cansados de esa *gente decedente* . . . y yo en todo caso, prefiero lo auténtico a lo falsificado. Cuando me puse a escribir esa novela . . . fundado en acontecimientos extremadamente dolorosos . . . le puse pasión en sus páginas, nunca mentira ni dolo, como fue siempre mi lema. De todo sí se me puede acusar, menos de haber deformado la verdad. Mis testigos son la prensa diaria, de donde es fácil desentrañarle".³

Pero el escritor era consciente de que esa verdad podía estar tenida de algún subjetivismo. Cuando el profesor F. M. Kercheville, de la Universidad de New Mexico, le preguntó cuál era su reacción frente a la opinión sustentada por la crítica de que era él el novelista de la Revolución Mexicana, Azuela le respondió con estas sinceras y dignas palabras: "Algunos críticos han dicho que en mis novelas de la revolución sólo he dado la mitad de la verdad y éste es el elogio más grande que podría recibir; pero no lo acepto porque es mentira. La verdad tiene millares de millares de facetas y un hombre apenas puede dar en rigor la que tiene frente a sus ojos. No es pues, la mitad de la verdad sino una pequeñísima parte de la verdad, la mía, la que he querido dar con la mayor honradez y fidelidad posible".⁴

Cerramos el grupo de cartas que hoy adelantamos, con una transcripción de un manuscrito de Azuela que está en poder de la Biblioteca Nacional de México, aun inédito. Se trata de una crítica sobre la Revolución, con la que satisface el pedido del director de la Biblioteca, Enrique Fernández Ledesma, de tener alguna página autógrafa del novelista. Sin que la circunstancia lo exija, Azuela grita aquí también su verdad. "Tuve

³ Ver Mariano Azuela, *Obras Completas*, México, 1960 (Vol. III), p. 1075.

⁴ Carta de F. M. Kercheville a Mariano Azuela, 11 de marzo de 1940.

necesidad de decir, de gritar lo que yo pensaba y sentía, y de no haberlo hecho así me habría traicionado a mí mismo”.

BEATRICE BERLER

I

Guadalajara, 8 de junio de 1898

Sr. José María Azuela.

Muy estimado padrino:

El Miércoles Santo recibí carta de Ud. y 20 pesos.⁵ Dispéñeme que hasta ahora le escriba. La verdad es que los ratos que tengo desocupados, estoy en un estado de depresión y pereza, que jamás los ocupo en escribir y aun creo haber perdido esta noción no sólo de educación sino de verdadero deber. No es raro el mes en que no escriba ni una sola carta. Creo que hasta mi mamá me guarda resentimiento por esto. La disculpa parece peor que la culpa, tiene un mérito sin embargo es verdadera y por mi parte prefiero la verdad a todo.

Deseo muy cordialmente que Ud. y mi madrina y Pepe estén buenos. Hágame favor de dar recuerdos míos a María y a Juan.

Su sobrino
Mariano Azuela

II

México, 22-agosto-1940

Sr. Dr. Don Mariano Azuela.

Muy respetado Señor Doctor y amigo:

En mi carácter de Presidente de la Cruz Roja he de permitirme, rogándole de antemano que me perdone la molestia, dirigir a usted estas

⁵ Un estudiante podía tener asistencia, comida, habitación, ropa limpia, etc., por la suma de diez pesos mensuales. Ver Azuela, *Obras completas*, Vol. III, p. 1019.

líneas para aclarar, entre nosotros solamente, pues no deseo nada público sobre el asunto, a menos que usted, en alguna forma discreta, halle manera de hacer alguna alusión, en lo futuro, al respecto, el siguiente asunto:

En la novela de usted *Las Tribulaciones de una familia decente*, edición Botas, 1938, página 182, un distinguido amigo mío y muy antiguo miembro de la Cruz Roja, que conoce a ésta perfectamente pues fue, en realidad, uno de sus fundadores, me señala el siguiente párrafo:

“...Victoriano Huerta nunca logró para él un gesto como el delicioso de aquel grupo de damas que engalanaron de flores el hospital de la Cruz Roja y recibieron con estruendosos aplausos a dos insignes asesinos que entraban a visitar a los heridos de la Ciudadela, con las manos mojadas de sangre, de traición y de infamia...”

Yo, Señor Doctor, no estoy en la Cruz Roja sino hace quince o dieciséis años. Desconozco en detalle la vida anterior de la institución; aunque, es claro, he tenido forzosamente que ir dándome cuenta de su actuación aun antes del período de mis trabajos; pero el aludido muy respetable miembro de la Asociación, uno de sus fundadores, me dice que, de seguro por mala información, incurre usted en inexactitud en el párrafo que apunto, pues nunca se ha engalanado la Cruz Roja para recibir a nadie, ni se ha arrojado flores a la entrada o al paso de nadie. Si algunas personas de significación política han entrado en cualquier momento en la Cruz Roja, han sido recibidas con atención y cortesía; pero sin hacer ninguna manifestación partidarista, pues la Cruz Roja ha entendido siempre, perfectamente bien, su situación exclusivamente humanitaria, alejada de toda tendencia política.

Parece que en alguna oportunidad, antaño, cualquiera frase o cualquiera actitud produjeron, al calor de las pasiones del momento, ciertas reacciones, que después esta pobre Cruz Roja ha llevado como un sambenito que, a pesar de su trabajo heroico, noble, de todos los días y de todos los minutos, no ha podido sacudirse. Todavía hace uno o dos años la Suprema Corte de Justicia, en actitud indigna de su título, Corte de Justicia, hizo, en contra de la Cruz Roja el mayor desacato legal y jurídico, desposeyéndola de una suma importante que estaba ya dentro de su patrimonio. Esto, puede usted creerlo, mi respetado y querido Señor Doctor, no me ha importado a mí, como Presidente de la institución, sino como abogado, como hombre de ley, a la que ví mancillada. Yo como Presidente de la Cruz Roja la quiero pobre, no, por supuesto,

misérrima; pero de cualquier manera no la deseo nadando en dinero, pues ello sería lo peor para el desarrollo de sus actividades. Sobrevenirían la desatención o la molicie en los mismos que trabajan en ella; habría, quizás, aun dentro de la misma institución, ciertas pugnas, que nunca ha habido ni debe haber en ella, y, sobre todo, de fuera, aun de ciertos elementos políticos, podría haber ambiciones y codicias que estorbarían la buena marcha del instituto.

La injusticia, digo, se ha abatido en contra de la Cruz Roja, la cual, sin embargo, ha venido trabajando, y seguirá haciéndolo, seguramente, con su mejor y más puro celo para ayudar al que sufre. Y que hace esto ya en forma estimable, lo acredita el hecho de que en el año pasado, 1939, se hicieron cerca de 180,000 servicios, ello sólo en la matriz, es decir, en esta capital; considerándose en este número, es claro, desde las operaciones quirúrgicas de mayor importancia hasta las más pequeñas atenciones, tales como inyecciones, o vacunaciones, pasando por curaciones, consultas de toda índole, etc.

Descanso, pues, en la declaración que mi aludido muy estimado amigo, cuyo nombre podría dar a usted si fuera necesario, antiguo elemento de la Cruz Roja y hombre puro en todos sentidos, me hace, de que no es exacta la aserción que usted señala, sin duda, por supuesto, de buena fe, en su citada muy bella e importante novela, para permitirme, como digo al principio, hacer ante usted esta aclaración en forma de muy amistosa y respetuosa protesta.

Como digo antes, yo bien sé, dado el conocimiento que tengo de la calidad moral de usted, que su declaración no puede obedecer sino a informaciones erróneas, motivo por el que no va en estas líneas ni mínimo cargo, sino sólo un amistoso y atento rechazo para una imputación no exacta.

Sabe usted cómo lo estima y respeta su afectísimo, atento, seguro servidor y amigo.

Alejandro Quijano

[México], 26 de agosto de 1940

Sr. Lic. D. Alejandro Quijano.

Muy distinguido y respetado amigo:

Me honra su atenta carta del 22 del corriente que gustoso contesto:

Me complace que sea un literato, tan distinguido como usted quien me llame la atención sobre un párrafo de mi novela *Las Tribulaciones de una Familia Decente*, porque me sería muy difícil explicar a cualquier impreparado las condiciones especiales y el alcance de mis procedimientos de novelista.

En el párrafo que usted alude, Procopio, protagonista de esa novela, que tiene motivos especiales para atacar a la aristocracia mexicana, se refiere a la Cruz Roja en los términos que usted transcribe. Confieso a usted que me pondría en grave aprieto sí, como en este caso, veintidós años después de escrita una novela, tuviera que justificar hasta en sus más nimios detalles las afirmaciones de mis personajes, que no son historiadores; pero si usted se toma el trabajo de leer *El Imparcial* de siete de julio de 1913 en su primera plana, la crónica de la visita que Mondragón y Félix Díaz hicieron al Hospital de la Cruz Roja, por especial invitación de la Directiva, previa cita de la totalidad de las socias, si hace usted un esfuerzo para escuchar las ovaciones con que ambos personajes fueron recibidos y para aspirar el perfume de los ramos de violetas que se distribuyeron entre los soldados heridos para entregarlos a sus Jefes en acto de homenaje, no podrá menos de disculpar a mi Procopio que engalanó el Hospital con flores que quizás no existieron. En descargo, además de su exaltación hay el hecho de que la piadosa visita tenía lugar pocos días después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, lo que seguramente no afectó ni con mucho los caritativos sentimientos de quienes entonces actuaban como miembros de esa Institución.

Mi personal opinión es que la Cruz Roja actual, que usted tan dignamente dirige, ha alcanzado durante sus gestiones méritos que le hacen muy respetable, por lo que es preferible que pase un piadoso velo de olvido sobre la actuación de sus directivos en la época de la Decena Trágica y repudiar enérgicamente la tesis del pecado original absurda bajo este concepto.

Profundamente agradecido por la gentileza con que usted se dignó tocar este asunto, protesto a usted mis respetos y me repito una vez más su amigo afmo., atto., S. S.

Mariano Azuela

[México], 3-septiembre-1940

Sr. Don Mariano Azuela.

Muy respetado Señor Doctor y fino amigo:

He recibido, en respuesta a mi carta del 22, la muy atenta de usted del 26 de agosto anterior.

La verdad es que, en forma gentilísima, me hace usted una aclaración perfecta, haciéndome ver la fuente precisa en donde abrevó usted datos para escribir el párrafo de su magnífica novela *Las Tribulaciones de una Familia Decente*, a que me refería en mi citada carta anterior.

La observación que me hizo el respetado colaborador de la Cruz Roja, señor Dr. Don José María Argüelles, que es quien concretamente me habló del asunto, parece perfectamente aclarada con la declaración de usted.

Recojo, por lo demás, con verdadero agradecimiento sus bondadosas palabras para mí, y la muy atenta sugestión que se sirve usted hacer al final de su muy estimable carta.

Quedo a las órdenes de usted como su atto. afmo. amigo y S. S.

A. Quijano

III

México, a 10 de julio de 1938

Sr. D. José María González de Mendoza.

Bruselas, Bélgica.

Mi admirado y siempre querido amigo:

Tengo que agradecerle sus buenas frases relativas a mis dos últimas novelas, *El Camarada Pantoja* y *San Gabriel de Valdivias*. Avaloró en muchos sus opiniones en primer lugar porque son suyas y luego porque usted no es como la mayoría de nuestros críticos que hablan de los libros y revelan no haberlos leído. Más que los elogios me gustan las observaciones sobre los errores, porque esto sirve más. Encuentro muy en razón las que me hace acerca de la mescolanza que hago en estas dos novelas con personajes del medio político mexicano actual.

Literariamente esto no tiene disculpa. Pero he de decirle que yo incurri en ese pecado con todo conocimiento, es decir que soy doblemente culpable. Sin embargo, no estoy arrepentido sino satisfecho de él porque me ha curado de un complejo de inferioridad que se me estaba formando. Como cronista (aunque muy humilde) de la revolución sentía que la necesidad de decir *mi verdad* como quiera que fuese. Si me hubiera callado por cobardía habría sufrido el bochorno más grande de mi vida sintiéndome cómplice, aun con mi propio silencio del coro de aduladores serviles que pregonan como glorias de México las infamias más horrendas de sus hombres. Y he sentido la felicidad y la alegría de vivir del convalesciente, cuando mis libros últimos han corrido su destino. Me puedo morir tranquilo. Convengo también con usted en que esta mescolanza de novela e historia que hago en esos libros sólo es inteligible para lectores al corriente de los sucesos de México en nuestros días. Y al punto salta otra vez mi disculpa. Yo nunca he escrito una línea que no haya sido exclusivamente para mis conacionales. Si algún librito mío ha traspasado estas fronteras débelo a magnánimos amigos como el señor González de Mendoza.

Ahora le mando mi libro de teatro y creo que a fines del año podré mandarle *Regina Landa*. Le he dado un bañito de aseo, le he quitado algunas asperezas, como usted me lo indicó y espero que esté más presentable y menos indigno del magnífico amigo a quien se la dedico.

Lo saludo afectuosamente con mi admiración y gratitud de siempre.

Mariano Azuela

México, 12 de julio de 1939

Sr. D. José María González de Mendoza.

Bruselas, Bélgica.

Mi siempre admirado y querido amigo:

Su carta me hizo mucho bien. Por más que la costumbre y los muchos años emboten nuestra sensibilidad, por más que la benevolencia de usted en sus juicios sea ilimitada con mis producciones, fue muy consoladora su opinión sobre mi último libro. Cuando la única compensación de una labor fatigosa es la acogida comprensiva de quienes escriben de crítica,

se experimenta la más amarga desolación recogiendo frases como éstas que le transcribo de algunos diarios o revistas de letras de México.

"Esta novela es de una presupuestívora que nunca se rindió".

Otra: "*Regina Landa* educada como se educa a nuestra clase media, con pretensiones y pujos de señorío".

Y esta otra: "En esta novela hallo afinidades con *El Tercer Sexo* de la señora Albiñana".

Yo pienso que todo el mundo está en su más perfecto derecho de leer sólo los libros que quiera; pero creo también que es una falta de pudor literario hablar de libros como crítico de arte, sin haberlos leído. Todavía otro caso curioso: en una revista literaria dice el crítico refiriéndose a *María Luisa*, que se acaba de reeditar y que es la primera novelita que escribí, lo siguiente:

"Un tránsito espiritual y literario se destaca en este libro de Azuela con relación a los anteriores. . ."⁶

Esto me entristece ya no tanto por mí, que he terminado, cuanto por tantos escritores jóvenes que no sólo no encuentran críticos que los guíen y los estimulen; pero ni siquiera que los hayan leído antes de juzgarlos. ¡Cuánto bien le haría a las letras de México un escritor íntegro, concienzudo e inteligente como usted, que con regularidad pudiera ocuparse de lo que en México se está escribiendo! Desgraciadamente estas actividades sólo se cultivan por afición o por *esport*, porque para comer y vestir necesitamos disciplinas y trabajos de índole muy diferente.

Acabo de entregarle a Botas el original de una nueva novela que probablemente aparecerá a fines de septiembre. Si yo hubiese sospechado que aún podría hacerla cuando terminé *Regina Landa*, esta nueva sería la que yo le habría dedicado a usted, porque se me figura que he logrado superar mis pasiones políticas y colocarme en un plano de mayor serenidad. Esto no quiere decir, que haya querido hacer una obra pura de arte; pero me parece que mis muchos años me permitieron, repito, escapar en este libro a las pasiones políticas meramente fugaces. Mi novela se llamará *Avanzada* y la recibirá con toda oportunidad, pues, como siempre, el juicio que usted me dé de ella, me importa mucho.

Lo saludo muy afectuosamente con mis mejores deseos de que esté bien y contento.

Mariano Azuela

⁶ Antes de la primera edición de *María Luisa* en 1907, habían aparecido selecciones en *Ocios Literarios*, en 1905. "Hace poco, cuando la editorial Botas hizo la segunda edición de mi novela *María Luisa*, uno de estos caballeros que escribe nada menos que en *Excelsior*, el diario más leído de México, dijo que en esta novela se revelaba un progreso evidente respecto de mis libros anteriores". (Carta de Mariano Azuela a John E. Englekirk, 26 de noviembre de 1939).

México, 8 de enero de 1942

Sr. D. José María González de Mendoza.

Distinguido y querido amigo:

Me favoreció su grata del 3 de los corrientes, acompañada de un artículo muy elogioso de mi *Nueva Burguesía* que mucho me honra y le agradezco con el alma.

Su penúltima carta contenía un juicio acerca de *Avanzada*. Se la contesté, pero creo que no recibió esa carta porque en esos días tuvo lugar la invasión de Bélgica y la salida de usted de ese país. Recuerdo que en esa carta le expresaba la gran satisfacción que invariablemente me han dado sus opiniones y me lamentaba, a la vez, de la falta de honestidad literaria de muchos que en México hacen crítica literaria, demostrando en sus notas que no han leído siquiera las obras de que se ocupan. Esa inquina mía se ha desvanecido del todo desde que encontré editor comerciante, que es una garantía de que hay alguien que se interesa por leer mis libracos. Esto neutraliza en absoluto el mal efecto que dejan aquellos llamados críticos. Por otra parte mi agradecimiento se ha centuplicado para los pocos escritores que como usted no sólo leen las obras de que se ocupan sino que penetran con acuciosidad sin intenciones ocultas y hasta estudian detalles de mera técnica que no raras veces pasarán inadvertidos hasta por los del mismo oficio.

Como humano me envanecen naturalmente los elogios, pero puedo asegurar a usted que no es el elogio el motivo principal de mi satisfacción. La misma me dan los artículos del crítico cubano Manuel Pedro González que no siempre me trata con benignidad pero sí con pleno conocimiento de causa. Gran cultura, amplio criterio, talento y buena fe son cualidades que usted posee en abundancia, que son en mi concepto indispensables para todo el que quiera merecer honradamente el título de crítico de arte.

Una vez más reciba usted el testimonio de mi infinita gratitud por las enormes satisfacciones que se ha dignado darme.

Espero poder enviarle para fines del mes que viene *El Padre don Agustín Rivera* que ha comenzado a imprimirse ya.

Suyo

Mariano Azuela

IV

Los Angeles, 30 de mayo de 1939

Sr. Dr. Mariano Azuela.

Mi admirado amigo:

Gracias por el envío de *Regina Landa*. La leí y la reseñé para nuestra *Revista Iberoamericana*. La nota —bastante larga— aparecerá en el número de Octubre que ahora preparamos.

Mucho me temo que esta nota no sea de su agrado, pues en ella deploro el exceso de sátira. Usted ya me conoce: o digo lo que estimo mi verdad o de lo contrario prefiero callarme. Tanto en las notas anteriores que sobre Ud. he publicado como en el capítulo de mi libro le echo flores; pero sobre *Regina Landa*, no.

Mucho le agradecería me enviase una nota bibliográfica detallada de lo que sobre Ud. se haya publicado en los últimos seis meses, ya a propósito de *Regina Landa* o de carácter general. Cada referencia debe contener el nombre del autor, título del artículo, título del periódico en que apareció y la fecha —día, mes y año. No sé cuándo publicaré esta bibliografía, pero quiero que salga lo más completa posible.

Le recuerda siempre con mucho afecto

Manuel Pedro González

México, a 8 de junio de 1939

Sr. Dr. Manuel Pedro González.

Mi siempre admirado amigo:

Me favorece su grata del 30 de mayo po.po. Muchas gracias por todo. No tema que su juicio sobre mi novela *Regina Landa* me vaya a desagradar. El sólo hecho de que la haya leído me deja ya satisfecho. Por otra parte, la crítica sana por acre que sea es más saludable que el elogio sucio de compromiso. No soy tan tonto para creer que mis libracos sean igualmente acogidos por quienes me hacen el honor de leerme. No

hablemos de los modestísimos escritores de estas tierras, sino de los mismos maestros más eminentes del mundo. ¿No le habrá ocurrido a usted como a mí haber dejado a medias una novela de León Tolstoy y nunca haber podido terminar alguna, como la *Montaña Mágica*, sólo por una profunda antipatía por su autor?

Le agradezco, pues, sus letras y una vez más me congratulo en reconocer su honradez literaria. Sobran los intelectuales a medida que se hacen rarísimos los hombres honrados. Y por raros infinitamente más estimables.

Su amigo que lo estima altamente

Mariano Azuela

Ya le iré juntando algunas notas bibliográficas para enviárselas.

Los Angeles, 11 de julio de 1940

Sr. Dr. Mariano Azuela.

Mi querido amigo:

Aunque con alguna tardanza contesto su última carta que no trae fecha. Ya sabía yo que mi última reseña de un libro de usted no habría de molestarle. Sé que una de las virtudes que usted más estima, es la sinceridad y esa es, precisamente, quizás la única que yo tengo, la de ser sincero. Como usted, busco detrás del escritor al hombre y por eso le quiero y admiro tanto.

Por eso precisamente no puedo querer ni admirar a Vasconcelos, porque nunca le creí sincero. Como le dije a usted en el curso de nuestro altercado,⁷ considero que este escritor es un megalómano resentido, capaz

⁷ Con motivo de su primer encuentro con Azuela en México, Manuel Pedro González le escribió al novelista diciéndole: "Ya que no puedo hacerlo personalmente por no haber podido ir a despedirme de Ud., deseo significarle ahora que fue para mí un gran placer el haberle conocido personalmente y estrechado una amistad epistolar. Frecuentemente, es arriesgado este tránsito de la amistad epistolar a la personal por lo que en él puede haber de desilusión o desencanto. En el caso de Ud. me ocurrió lo contrario. La aproximación personal no sólo sirvió para corroborar la alta estima en que la tenía sino para acrecentarla". (Carta de Manuel Pedro González a Mariano Azuela, fines de diciembre de 1938). Azuela le contesta entonces: "Con gusto recuerdo las buenas tardes que charlamos y hasta nuestras diferencias (meramente verbales) de opiniones". (Carta de Mariano Azuela a Manuel Pedro González a 27 de diciembre de 1938).

de todo. Por consiguiente no me ha sorprendido su última actitud; le creo capaz de cosas mucho peores.

Durante las vacaciones de la Navidad pasada preparé una Bibliografía suya que no apareció como había pensado en el número anterior de nuestra *Revista Iberoamericana*. Aparecerá en el próximo y quisiera ponerla al día. Junto con su carta me llegó su última novela *Avanzada* que supongo será el único volumen que Botas ha publicado en el curso de este año. Es probable que con motivo de la aparición de esta nueva obra se hayan publicado reseñas que no tengo, y quisiera incluir esos trabajos de crítica en mi Bibliografía lo mismo que los títulos de cualquier otro volumen que haya aparecido durante el curso de 1940.

Veo la tragedia de las elecciones y las nubes de tempestad que se ciernen sobre México. Probablemente todo resultará una tempestad en un vaso de agua, pero mientras no se aclare definitivamente el horizonte no estaré tranquilo. Ya tenemos bastante angustia con la tragedia de Europa y las crisis porque atraviesa la civilización al otro lado del Atlántico, y por malo que sea lo actual sería mucho peor otra revolución en México.

No necesito decirle cuánto le quiere y le admira su muy cordial

Manuel Pedro González

Sr. Prof. Manuel Pedro González.

[1941]

Mi distinguido y siempre caro amigo:

No hay cualidad que estime yo más en el hombre que la probidad. Por eso su opinión acerca de *El Camarada Pantoja* y *Regina Landa* me ha dado tan excelente impresión como las anteriores relativas a otras de mis

Las diferencias a que se hace alusión en este párrafo y en la carta que comentamos, se refiere a una larga discusión —que duró desde 1938 a 1950— sobre la personalidad de José Vasconcelos. Para entender el punto de vista de González, contrapuesto al de Azuela, véase su *Trayectoria de la novela en México*, México, 1950.—El mismo González nos aclara lo siguiente: "En agosto de 1938 tuvimos el doctor Azuela y yo el único altercado que surgió entre nosotros durante nuestra cordialísima amistad. El objeto de la disputa fue precisamente Vasconcelos. Los dos éramos vehementes, francos y sinceros. En aquella ocasión argüimos con pasión y fogosidad—yo con la adolorida desilusión del apóstata defraudado por el mentor de antaño, y el doctor Azuela con la ardorosa fe del flamante converso". Ver Manuel Pedro González, "Sobre el cuento mexicano, en Suplemento de *Siempre!* 13 de octubre de 1965.

novelas. Diferencias ideológicas entre gente de buena fe a menudo no son sino diferencias de palabras. La pasión sólo es odiosa cuando lleva de la mano a la mala fe. Ahora quiero acordarme de un altercado que tuvimos acerca de Vasconcelos. La conducta de este gran escritor en los últimos meses me convence de que la razón en aquella contienda estuvo de parte de usted.⁸ Sin embargo no me arrepiento ni por un instante de mi actitud de entonces ni de haber quebrantado amistades muy respetables en defensa de este escritor, porque lo hice con absoluta buena fe.

Viniendo ahora al juicio de mis precitadas novelas quiero decirle que la diferencia de apreciaciones estriba en detalles de superficie y que en el fondo estamos en perfecto acuerdo. Soy consciente del defecto que les atribuye a estos libros. Era estudiante de medicina cuando, con gran dolor mío, me dí cuenta del descenso inexorable de Emilio Zola, que fue mi ídolo, desde que comenzó sus novelas de tesis con *Louder*. La edad y el deseo de sembrar ideas que se creen útiles lo explica todo. Pero en mi caso hay algo más del momento. De su misma carta saco los elementos de justificación de mi actitud. Sus expresiones relativas a los hombres de nuestros últimos gobiernos de México, demuestran evidentemente que no ha sido estéril la labor de Vasconcelos, Luis Cabrera y otros *reaccionarios* para imponer la *verdadera verdad* de mi país, al encuentro de la catarata de mentiras pagadas por los gobiernos a millonadas de pesos a escritores nacionales y extranjeros para mistificar al mundo con los progresos que hemos alcanzado con la revolución social. Y si en mi reducidísima área de acción he contribuido a esa obra, me doy por satisfecho. Digo y diré siempre como el célebre Zola: "Prefiero la verdad al arte". Y poco me importa saber que esa verdad es "mi verdad". El mundo, más que nunca, tiene necesidad urgentísima de hombres veraces y sinceros, en estos momentos en que sólo impera en el mundo la mentira.

La etiqueta que me cuelgan de *reaccionario* los que nacieron para manejar los incensarios, me tiene tan sin cuidado como la de *revolucionario* que me pusieron en tiempos de Porfirio Díaz. Es la misma gentuza. La bugambilia del patio de mi casa ha cambiado totalmente por diez veces sus hojas y sigue siendo la misma. Mi línea de conducta es la misma: desenmascarar a la canalla y fustigarla, lo mismo se esconda en la iglesia, en el mitin, en el sindicato, y llámese clero, burguesía o camarada.

Mis más cariñosos saludos y una vez más muchas gracias.

Mariano Azuela

⁸ Manuel Pedro González, "Sobre el cuento mexicano", en *Suplemento de Siempre!* 13 de octubre de 1965.

V

México, 25 de julio de 1935

Al señor Dr. don Mariano Azuela.

Señor:

La Dirección a mi cargo considera que el nombre de usted figura dignamente entre aquellos que honran a la intelectualidad mexicana, por sus méritos reconocidos dentro y fuera del país, y por ello se permite solicitar su ayuda para realizar una empresa que debe, considerarse de transcendencia por la vinculación que asume con uno de los más importantes sectores de la historia de nuestras letras.

La Biblioteca Nacional de México está formando una colección de retratos y autógrafos de personalidades destacadas, tanto nacionales como extranjeras, y, por mi conducto, pide a usted con respetuosa atención, se digne honrarnos con su respuesta a tal llamado, proporcionándonos una fotografía suya —con la firma al frente— y un autógrafo en el pliego que recibirá por separado, y en el que podrá usted dar su opinión sobre el tema que mejor le plazca, de preferencia mexicano.

Además, me tomo la libertad de rogar a usted, se sirva enviar a este Instituto, para propósitos analíticos y bibliográficos, unas líneas sintéticas de su biografía, su bibliografía y el nombre de la obra que, en concepto de la crítica, sea su más notable creación.

Será motivo de la más legítima satisfacción para todos los que admiramos y seguimos con interés su meritísima labor, tener conocimiento de que se ha servido atender nuestro ruego.

Al darnos la ocasión de custodiar, en la Biblioteca Nacional de México, su autógrafo y fotografía, es un honor para el suscrito presentarle sus anticipados agradecimientos y su alta consideración espiritual.

Enrique Fernández Ledesma

AUTOGRAFO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

[...] sin su sed de oro, placer y poder, no habrían conseguido despertar a nuestras masas tan profunda y definitivamente como lo han logrado. Sin sus actos brutales de venganza, sin sus procedimientos caver-

narios, la Revolución que abandonamos a sus manos no habría consumado su sino. Han tenido que obedecer la ley de sus instintos primarios por tantos siglos reprimidos. En el proceso que el mañana nos tiene abierto, entre los férreos maxilares de la historia quedaremos triturados por igual todos los que hemos vivido en los días amargos y trágicos de nuestro México, perdidos en el montón anónimo: hombres sinceros con insignes bellacos, hombres de buena fe con rábulas convenencieros y perversos, héroes ignorados con soldadesca de asesinos y ladrones. Pronto vamos a desaparecer, severamente juzgados; pero sobre nuestra propia escoria se levantará la obra de redención de los de abajo, a la que consciente o inconscientemente todos hemos cooperado. Y entonces los que despertamos a nuestra raza, los que conseguimos abrirle los ojos, valdremos tanto como los que mañana la eduquen. Y por eso a todos nos alcanzará la absolución final. Urgía hacer nacer a nuestro México, y esa es nuestra tragedia y en ella vivimos.

—¿Y tanta sangre? ¿Y cuánta infamia?

—Sobre los errores del momento la yerba crece. De tanta sangre y de tanta infamia todos somos responsables. ¿Qué han hecho los *intelectuales* en esta obra de renovación social? Y no hables de los intelectuales de alquiler, porque nada cuentan (más valor moral tiene el rufián que alquila lo que tiene, su rufianería, que el alto magistrado que alquila lo que no tiene, su honorabilidad) me refiero a los que iniciamos y encauzamos el movimiento revolucionario y permitimos que el tesoro conquistado ya, cayera totalmente en las manos de los primitivos. ¿Los sentimientos nobles y los grandes ideales se cultivan mejor con los pies calientes y el chocolate a la mesa?... Y sin embargo, el mañana es del pensador y sólo de él...

—Dame la receta de tu fe, doctor magnífico...

—Cierra los ojos y se te llenarán de luz. Ve adelante, más lejos, más hondo todavía. Es el día máximo: San México, mártir. Los hombres llegan como bandadas de palomas: millones de millares con las manos desbordantes de rosas blancas y bendiciones. Y las riegan indistintamente, porque las tumbas igualan a cuantos sucumbieron por la causa del pueblo: héroes y pillos, mártires y asesinos, todos los que la hicieron y la consolidaron bajo el látigo implacable de su sangre, de su raza y de su sino. Mis hombres vendrán no en jaulas de cerdos ni en camiones de tirar basura. Vienen, no los traen. Llegan en desorden sin el gesto cuartelario de la resignación abyecta, blasfemia del esclavo siglo xx, crugir de tuercas y engranes: cosa miserable, pedazo de otra cosa. Los míos son hombres libres y por eso llegan con el desorden y la alegría de las olas,

a perderse sólo en su propio océano. Porque habrán dejado de ser para siempre escarapate de pedantes. No hay que sonreír: hambre de verdad, de justicia y de belleza eterna se apoderará no muy tarde de los engañados de hoy y desencantados de mañana y por esa hambre el mundo sufrirá la transformación más maravillosa. Como el día después de la noche. El odio nunca fue simiente y en el odio hemos hecho despertar al hombre. Pero sólo en el fango prospera la semilla. Urge que el sembrador lo sepa y espere su hora de pie, con los ojos muy abiertos e iluminados por la esperanza inmarcesible; que con espíritu sereno afronte esta tormenta de lodo de hoy que todo quiere convertirlo en lodo. ¡Un sólo sembrador en el mundo y el mundo será salvado!

—¡Héroe, dame un abrazo! [...].

Mariano Azuela

